

# Una glosa a “por qué luchamos”

**FERNANDO CUBIDES CIPAGAUTA**

Para comenzar habría que ponerle un nombre a la tendencia que representa. ¿Qué tal neo-fundamentalismo? Se trata en todo caso de algo nuevo, de una genuina reacción frente a las amenazas que se evidenciaron el 11 de septiembre. Pero es tan sólo una de las muchas reacciones que podrían provenir de la intelectualidad y de la academia norteamericanas; y sin embargo, algo hay en la solemnidad y en el tono del documento que quiere convencernos de que es la única forma posible, un doctrinarismo y un complejo de destino manifiesto que creíamos superados. Estilísticamente por momentos uno cree oír los ecos del Monte Sinaí, la ley mosaica, el precepto en su versión original, el listado de mandamientos fundador de un sistema de creencias. Es de suponer que su composición como texto demandó muchas horas de trabajo, interminables mensajes vía internet, discusiones y transacciones, y un coordinador paciente, sutil en sus maneras y en su capacidad de concertación, de limar asperezas, de llegar a la fórmula ecuaníme de lo *politically correct* para todos los posibles firmantes. En ese aspecto, a primera intención es un texto logrado en cuanto se asemeja a las declaraciones de principios, a las máximas de los “padres fundadores”, a aquellas fórmulas de gran teatralidad epigramática y gran capacidad movilizadora del periodo de

las revoluciones burguesas: “Todos los hombres nacen libres e iguales en derechos y en su dignidad”, nos reiteran los firmantes como la primera de las fórmulas axiomáticas a las que se acogen para justificar las guerras de hoy.

Mirado más despacio sorprende en cambio lo ahistórico de muchas de sus afirmaciones, para provenir de un grupo en el que están presentes connotados autores y autoras de las ciencias sociales, al absolutizar valores que tienen un anclaje histórico, una relatividad de acuerdo con el contexto, al universalizar los valores americanos (entendidos como los valores que priman en la sociedad estadounidense, pues es irrefrenable ya que se hubieran apropiado de ese apelativo pese a las ocasionales precisiones provenientes de este lado del Río Grande y a las ocasionales protestas de Gabo, invocando unos pocos ejemplos históricos y al omitir otros. Y dentro de las omisiones, como tal vez se ha señalado ya, la más significativa, la más sensible, se resume en dos palabras: Hiroshima y Nagasaki. ¿Cómo no aludir siquiera a esos dos ejemplos allí donde se está dilucidando el problema ético de la guerra y se está considerando “moralmente inaceptable tomar la muerte de no combatientes como objetivo operacional de una acción militar” y en tanto se han mencionado otros ejemplos pro-

Profesor,  
Instituto de  
Estudios  
Políticos y  
Relaciones  
Internacionales,  
IEPRI,  
Universidad  
Nacional de  
Colombia

venientes de la Segunda Guerra Mundial para ilustrar otras afirmaciones? ¿Qué tipo de miopía hay tras esa omisión? ¿Acaso eran combatientes los 72.000 muertos y los 80.000 heridos de Hiroshima? ¿Lo eran los 23.657 muertos o los 120.820 heridos de Nagasaki?

Al respecto vale recordar cómo vivieron ese dilema un Oppenheimer, un Einstein. Después del empleo de la bomba nuclear contra objetivos civiles, Einstein se hace adalid de una campaña contra el empleo de esa arma, se distancia de los valores americanos que había tomado al pie de la letra, y aborda el mismo problema, el de la guerra justa, en términos bien distintos y subrayando el *ethos* del hombre de ciencia que como tal mantiene una distancia crítica frente al poder. Vale la pena citarlo:

Hay una cuestión que se plantea por encima de cualquier otra: ¿Debemos elegir como fin supremo de nuestras aspiraciones el conocimiento de la verdad, es decir en términos más modestos, la comprensión lógica y constructiva del mundo accesible a la experiencia, o bien tal aspiración hacia el conocimiento racional debe ser subordinada a otros fines cualesquiera, por ejemplo el fin práctico? La reflexión por sí sola no puede proporcionar respuestas a ese dilema. Y, sin embargo, la decisión tiene una influencia sobre nuestro pensamiento y sobre nuestro sentido de los valores por cuanto tiene ella de persuasión inmovible. (...) Esa orientación por así decirlo religiosa del hombre de ciencia hacia la verdad, no deja de influir en el conjunto de su personalidad. Pues fuera de los datos experimentales y de las

orientaciones del pensamiento, no existe para el investigador ninguna autoridad cuyas decisiones y opiniones puedan servir de pretexto para edificar una "verdad". (...) ¿Qué lugar corresponde al hombre de ciencia en la sociedad actual? En una u otra forma se siente orgulloso de que -casi siempre indirectamente- el trabajo de sus colegas haya transformado la vida económica de los hombres, hasta el punto de haber hecho desaparecer para la gran mayoría el trabajo muscular. Pero se siente también oprimido por el hecho de que el resultado de sus obras haya terminado por constituir una obscura amenaza, desde el momento en que los frutos de sus investigaciones hayan caído en manos de quienes detentan el poder político. Se da cuenta del hecho de que la aplicación de sus investigaciones ha concentrado en la mano de una pequeña minoría el poder, primero económico y luego político del que depende estrechamente el porvenir de la masa de individuos, que cada vez parece más amorfa. Más aún, esa concentración de la fuerza económica y política en manos de unos cuantos no solamente ha llevado al hombre de ciencia a una sumisión material externa, sino que también lo ha conducido hacia una amenaza interna de su existencia, al impedir el desarrollo de personalidades independientes<sup>1</sup>.

Y en tanto se difunde el manifiesto de los intelectuales norteamericanos a favor de la guerra, salen a la luz nuevas transcripciones de las interminables cintas de Watergate, y por ellas nos enteramos de que Nixon estuvo tentado - y por razones de política electoral- a usar el poder nuclear en Vietnam y a duras penas logró Kissinger disuadirlo...

---

<sup>(1)</sup> Del "Mensaje a los sabios italianos sobre el peligro de las explosiones nucleares", 1950.